

Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio*, traducción de Arantza Saratzaga Arregi y Alberto Ciria, Editorial Herder, Barcelona, 2017, 118 pp.

La obra que tenemos entre manos se trata de una de las obras más leídas de Byung-Chul Han (1959), profesor de filosofía en la Universidad de las artes de Berlín, actualmente uno de los críticos del *hipercapitalismo* más reconocidos. De su obra han sido publicadas en España, por la editorial Herder, algunas de las más importantes, entre otras: “*La sociedad de la transparencia*” (2013), “*La agonía del Eros*” (2014), “*Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*” (2014), “*En el enjambre*” (2014), “*Topología de la violencia*” (2016), y recientemente “*La expulsión de lo distinto*” (2017) así como la obra que nos ocupa: “*La sociedad del cansancio*” (2012 primera edición y 2017 una segunda edición).

“*La sociedad del cansancio*” fue editada por primera vez en Alemania en 2010, consolidándose como indiscutible *best seller* y siendo hasta ahora la obra más leída de Han. Editada en castellano en 2012 por la editorial Herder, y publicándose en 2017 una segunda edición ampliada (a la que se han añadido a modo de apéndice dos nuevos textos: “*la sociedad del Burnout*” y “*El tiempo sublime*”). Esta segunda edición ampliada será el objeto de esta reseña.

A grosso modo, podría afirmarse que lo que tienen en común todas las obras de Han es que se hacen eco del presente problematizando con los nuevos retos de la contemporaneidad como son la hipercomunicación, internet, las redes sociales, el *big data*, o el *multitasking* entre otras cuestiones.

A nivel formal, *La sociedad del cansancio* está estructurada por un prólogo, siete capítulos y el apéndice que mencionábamos anteriormente.

A nivel de contenido, Han hará un análisis de las enfermedades emblemáticas que caracterizan cada sociedad desde el siglo XX en relación con las formas de poder de las que surgen, vinculando así el discurso social y de poder con las afecciones biológicas. La tesis central que Han sostiene en este ensayo es que desde los inicios del siglo XXI, nuestras sociedades occidentales (denominadas por él, tardomodernas) se han consolidado *silenciosamente* bajo un nuevo paradigma: el imperativo del rendimiento, desarrollándose como consecuencia de tal imperativo nuevas patologías que Han caracteriza como *enfermedades neuronales*, señalando dentro de ellas: la depresión, el trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH), el trastorno límite de la personalidad (TLP) o el síndrome de desgaste ocupacional (SDO). Estas patologías surgen para Han por aquello que caracteriza a las sociedades del rendimiento: el exceso de positividad.

Ante la sociedad del rendimiento y su exceso de positividad, Han opondrá las sociedades del siglo XX, que caracteriza como disciplinarias, cuyo paradigma sería, frente a la positividad actual, la dialéctica de la negación. Para Han el poder disciplinario se administra como algo negativo bajo la consigna del “no puedes”, así el poder funciona como una fuerza exterior al sujeto que reprime, vigila, obliga y

prohíbe. Por ende, ese sujeto que es blanco del poder disciplinario será un sujeto de obediencia, un sujeto obligado, reprimido por un poder que es una fuerza exterior a él que pauta su conducta y niega sus deseos. En este esquema disciplinario la libertad sería aquello que niega la negación del poder generando que libertad y coacción puedan distinguirse.

La patología emblemática de las disciplinas será el virus, tratándose por ello de una *época bacteriana o inmunológica*, la cual será superada con la aparición del antibiótico. Lo que caracteriza un época inmunológica para Han dentro de la dialéctica de la negación es que repele todo aquello que funciona como un cuerpo extraño, todo aquello que se nos presenta bajo la forma de la otredad, y un ejemplo de ello dice, serían las guerras del siglo XX.

Para Han esta dialéctica de la negación, que caracteriza a las sociedades disciplinarias, es incompatible con la sociedad del rendimiento, en tanto que en estas el poder no es administrado como negación sino como positividad sin límites y justo por esta ausencia de límites, para Han esta dialéctica no es compatible con un mundo globalizado ya que este se caracterizaría por la destrucción de límites y fronteras. Para ilustrar esta ausencia de límites en el mundo global, Han nos pondrá un ejemplo, para nosotros no demasiado acertado, que es la persona del turista.

Si atendemos a esta última afirmación no nos parece muy acertada la justificación que Han lleva a cabo por medio de la figura del turista y vemos necesario contraponerla a otra realidad que es la figura del inmigrante. Al proponer la figura del turista como ejemplo que explique la quiebra de la dialéctica de la negación, y es necesario advertir algunas carencias en su argumentación: la primera, que al elegir al turista frente al migrante forzado, este planteamiento obvia la fuerte crisis humanitaria y la crisis de refugiados actual que pone en cuestión esa supuesta ausencia de fronteras que afirma Han. Ante el éxodo masivo de personas que piden asilo en Europa (aunque no únicamente en Europa), parece que ese mundo interconectado y sin fronteras lo es solo a fin de establecer un ilimitado tráfico de mercancías y no de personas, siendo estas últimas una parte fundamental de ese juego económico basado en la ilimitada circulación de mercancías. Al poner como ejemplo en lugar de al migrante o al refugiado, al turista, Han da una justificación al argumento insuficiente y sin profundidad, ya que, el primer hecho a tener en cuenta es que no todo ser humano puede gozar del privilegio del turismo, ya que este depende del nivel económico, de su país de origen... y por ello es una figura insuficiente a la hora de caracterizar un libre movimiento de las personas ya que no todas poseen ese privilegio. Han está omitiendo por tanto que la figura del turista es un privilegio. Por otro lado, no es cierto que no existan vallas o fronteras en el mundo global, y un ejemplo es la valla en Melilla, en Hungría, el muro de Méjico, el rechazo de acogida de refugiados en los países costeros de la Unión europea, la subvención a Turquía para frenar el flujo de refugiados a Alemania o el cierre de fronteras a los refugiados en la Unión Europea. Atendiendo a estos hechos, la afirmación de Han de que la globalización no niega la otredad no nos parece acertada. Es cierto que Han en el texto contempla la figura del inmigrante pero solo de soslayo, apenas remite a la gran diferencia entre turista e inmigrante y se limita a decir únicamente que *“el inmigrante representa una carga en lugar de una amenaza”*, sin embargo no fundamenta ni argumenta la base de esta diferenciación, ni da ejemplos de la misma, solo se limita a afirmar, por lo que nos parece que esta afirmación no es válida ya que carece de argumentos que la apoyen.

La falta de argumentos y de justificaciones que apoyen sus tesis, será una constante a lo largo de todo su ensayo, algo que expondremos de forma de crítica al final de esta recensión.

Ante el paradigma de las disciplinas, al finalizar la guerra fría, comienza a gestarse un nuevo paradigma social basado en el imperativo del rendimiento, pero para lograr tal imperativo, será necesaria la aparición de una nueva forma de poder, la cual en lugar de presentarse como negación, será administrada como positividad, hasta llegar al punto de caer en lo que Han analiza como *exceso de positividad*, siendo tal exceso lo característico de las sociedades actuales de rendimiento. Este poder positivo en lugar de reprimir, anima, incita, reclama iniciativa e innovación, y sus consignas frente al “no puedes” serán “*You can*” o “*Just do it*”. Así el rendimiento acaba por convertirse en un imperativo para el sujeto contemporáneo, el cual lejos de ser un sujeto obediente, será un empresario de sí, un sujeto competitivo, en constante formación, repleto de retos y actividades, a fin de lograr el éxito personal (éxito prometido pero difícil de lograr). Ante el modelo del rendimiento, la persona entera y toda su vida se ven reducidas al *customer value*, al valor del mercado.

Los proyectos, la iniciativa, la eficacia y la motivación reemplazan así a la prohibición y por ello el poder se administra como positividad siendo el propio sujeto el que se impone la eficacia, la ausencia de límites, el rendimiento ilimitado. Ante este modelo, la coacción ya no es una fuerza que emana del exterior, como ocurría con el poder disciplinario, sino que la coacción es producida como auto-coacción, como auto-explotación, ya que somos nosotros mismos los que nos imponemos aquello que nos coacciona bajo el espejismo de una libre elección y por ello, y por primera vez en la historia, nos auto-coaccionamos pero creemos que con ello estamos afirmando nuestra libertad. Vemos por tanto que en el modelo del rendimiento, libertad y coacción se identifican, que víctima y verdugo coinciden, generándose con ello una libertad paradójica, (incluso afirma Han que asistimos a una “*crisis de libertad*”) ya que al vincular la libertad a la *obligación* del rendimiento, esta se traduciría en la creencia de “a mayor actividad mayor libertad”, siendo este justamente nuestro mayor autoexpolio en una sociedad en la que el imperativo es el rendimiento ilimitado. Es por ello, dice Han, que actualmente estamos estancados en una “*crisis de libertad*”.

En esta sociedad de gimnasios, torres de oficinas, conexiones constantes en red, Facebook, Twitter, Instagram, conocimiento e información constantes, el ser humano está obligado a producir “la mejor versión de sí mismo” siendo una exigencia contemporánea el *multitasking* (este es uno de los planteamientos más interesantes de Han). El sujeto en tanto que es llamado a atender a la sobreadundancia (de actividades, información, conocimiento, experiencias...), ese *multitasking* implica el desarrollo de una forma de atención superficial, una falta de concentración y de reposo que permitan la crítica del presente (momento de negación). Este sujeto que nunca debe parar de rendir es asimilado bajo la óptica del funcionamiento inagotable de la máquina. Este frenético ritmo, este exceso de positividad, tendrá consecuencias devastadoras para la psique humana, que se refleja en lo que Han denomina como *burnout* o síndrome del trabajador quemado. Tras las esperanzas de éxito aparece el sujeto que se siente frustrado y fracasado, siendo ahí donde emergen las nuevas patologías emblemáticas de la sociedad del rendimiento, siendo un ejemplo de ello, como decíamos más arriba, la depresión. Con todo ello, la sociedad del rendimiento pone en jaque al individuo afirma Han, a fin de lograr un único objetivo: ampliar de

manera ilimitada la producción, así “*hoy el capital lo somete todo*” (117) y es en su exceso de positividad que se gesta la actual *sociedad del cansancio*.

Ahora, ¿cómo comprender el cansancio? Este será uno de los momentos más interesantes del texto: la exposición de las distintas formas de cansancio que Han expone basándose en la obra de Peter Handke titulada “*Ensayo sobre el cansancio*”. Para Handke existen dos formas de cansancio, una denominada “*cansancio fundamental o profundo*”, y otra que denomina “*cansancio a solas*”.

Para Handke el cansancio fundamental, es caracterizado como un cansancio positivo, ya que sería un ánimo humano necesario en tanto que nos abre a la posibilidad de vincularnos con los otros, a experimentar vínculos comunitarios. Un ejemplo podría ser el cansancio que comparten los segadores tras una dura jornada en el campo. En esta forma de cansancio, el “no-hacer” es la estructura imperante, un tiempo en el que nada pasa, en el que nos aburrirnos, siendo este el tiempo necesario desde el cual la posibilidad de contemplar se abre al individuo. Es por este motivo que ese cansancio aparece como un tiempo fundamental en la existencia humana en el cual podemos contemplar, pensar, quejarnos... siendo por ello en él donde surge la negatividad, entendiendo esta como el impulso fundamental para poder transformar el presente en tanto que somos capaces de decir “no”. Frente a este *cansancio profundo*, estaría el cansancio “*a solas*”, un cansancio que se encierra en el sí mismo y que es ocasionado por la múltiple actividad, por la actividad frenética que es motivada por la presión del rendimiento. Este cansancio aísla, rompe los vínculos comunitarios en tanto que no hay ese momento de descanso compartido, de contemplación individual en el *no-hacer*, y por ello de negación que nos saque del sí mismo y sus obligaciones y que nos lleve a cuestionar el presente. Por ende, el *cansancio a solas* es un cansancio que daña al individuo, que no le permite contemplar ni experimentar la comunidad. Este es justamente el cansancio del que adolece la sociedad del rendimiento.

Ante este diagnóstico, la salida que Han nos propone a la sociedad del rendimiento pasa por “*salir del desenfrenado estancamiento*” y para ello, dice, debemos crear una nueva narrativa, un tiempo distinto que haga surgir una nueva forma vital. Es necesario profanar el dinero, el trabajo, el tiempo laboral para transformarlo en juego y en fiesta.

En conclusión, a nuestro modo de ver, la obra tiene partes muy interesantes en tanto que se acerca al presente y se basa en él, a fin de comprender al sujeto y la sociedad contemporánea. Es muy interesante el vínculo que establece entre patologías y formas de poder. Así mismo su explicitación y caracterización de nuestras sociedades como sociedades de rendimiento y sus implicaciones subjetivas o la caracterización de las distintas formas de cansancio nos parecen muy interesantes.

Sin embargo, en detrimento de la misma, y desde nuestro punto de vista, la obra carece de una argumentación fuerte, muchas tesis son afirmadas pero en muy pocos casos están suficientemente fundamentadas ya que en la mayoría de las tesis no hay explicaciones, justificaciones o ejemplos, requisitos que consideramos indispensables a fin de poder seguir el movimiento del pensamiento de Han, sus implicaciones, sus aciertos... Un ejemplo de esta carencia, es su análisis sobre la depresión, en el que afirma que la depresión surge por ausencia de negatividad pero no nos explica cómo ha llegado a esta tesis. A nuestro modo de ver la propia patología del estado depresivo ya es un límite que niega el ritmo frenético de la sociedad del rendimiento y si esto es así, la sociedad del rendimiento también tiene sus límites y negaciones externas presentándose esta como límite al exceso de positividad.

Otro ejemplo es el que analizamos anteriormente en relación al ejemplo del turista como figura que muestra la ausencia de límites y fronteras en la globalización.

Lo mismo ocurre en su crítica a los autores a los que hace referencia en el texto, en concreto a Freud, Hannah Arendt o Foucault. La crítica no está justificada ni lo suficientemente fundamentada, por ser más concreta:

Han afirma que el psicoanálisis freudiano no nos sirve para analizar una sociedad de rendimiento ya que para él, esta carece de negación y como el psicoanálisis supondría un poder represivo no nos serviría para poder comprenderla. Aquí acaba su argumento. Han afirma sin demostrar y para nosotros faltaría justificar y problematizar las implicaciones que ambas cosas tendrían más en profundidad, no hay citas de Freud, no hay argumentos que desarrollen la lógica que fundamenta la tesis, no hay ejemplos, no profundiza en las implicaciones... no hay nada de esto, solo la tesis, con la que podremos estar más o menos en acuerdo o desacuerdo pero nos será difícil comprenderla en profundidad.

Algo parecido ocurre con su forma de exponer la teoría del poder de Foucault. En el segundo capítulo de esta obra titulado “*Más allá de la sociedad disciplinaria*”, Han afirma que “(...) *Estos sujetos son emprendedores de sí mismos. Aquellos muros de las instituciones disciplinarias, que delimitan el espacio entre lo normal y anormal, tienen un efecto arcaico. En análisis de Foucault sobre el poder no es capaz de describir los cambios psíquicos y topológicos que han surgido con la transformación de la sociedad disciplinaria en la de rendimiento. Tampoco el término frecuente «sociedad de control» hace justicia a esta transformación. Aún contiene demasiada negatividad*” (25-26).

Esta afirmación es acertada en tanto que Foucault no recogió en su obra las nuevas enfermedades como la depresión o el TDAH, pero es necesario también advertir la prematura muerte de Foucault por el VIH justamente en la parte de su obra en la que no contemplaba el poder de manera disciplinaria, es decir negativa. Esta es justamente nuestra crítica a Han, porque omite toda referencia a la obra foucaultiana a partir de 1979 recogida en los cursos del *Collège de France*, en las que Foucault se aleja del análisis del poder disciplinario para adentrarse en el análisis del poder como positividad, al cual denomina “*dispositivo de seguridad*”. No comprendemos porqué Han elude esta parte fundamental del análisis del poder en Foucault en la cual justamente se recoge eso que Han en su obra denomina *el empresario de sí* (sin, por cierto, hacer referencia en ningún momento a Foucault).

Han hace algo parecido con el planteamiento de la noción de *vita activa* de Arendt afirmando que Arendt “(...) *trata de rehabilitar la supremacía de la vita activa contra la supremacía tradicional de la vida contemplativa*” (39) y esto es verdad, solo que el problema reside en cómo Han omite el significado de acción en Arendt para reducirla a una fundamentación posible de la sociedad del rendimiento. Y añade que Arendt “*no se percató de que precisamente la pérdida de la capacidad contemplativa, que, y no en último término, está vinculada a la absolutización de la vida activa, es corresponsable de la histeria y el nerviosismo de la moderna sociedad activa*” (47).

Con esta cita Han cierra el capítulo sobre Arendt, algo que no nos parece justo con el pensamiento de Arendt, porque, primero, Arendt en los años 70 no podía vislumbrar con la misma claridad que vemos hoy la sociedad del rendimiento o el neoliberalismo, por eso creemos que aquí Han hace responsable a Arendt de no haber reconocido algo que el reconoce en el 2010, digamos por tanto con una cierta

“ventaja histórica” sobre Arendt. Así mismo parece omitir que la sociedad a la que miran los textos de Arendt está en relación con su experiencia con el totalitarismo y su lucha por restablecer la democracia. Por otro lado, Han no expone lo que significa la acción para Arendt, reduciendo esta a la importancia que da Arendt al hecho del nacimiento como nueva posibilidad de acción en el mundo. Sin embargo, esta es solo una parte de la explicación de la acción de Arendt que en ningún caso es su postura fundamental. Han omite que para Arendt la acción lejos de ser algo meramente individual, siempre ha de ser algo que compartimos, algo que es percibido por los otros, por lo tanto ese empresario de sí nunca podría ser el sujeto de la *vita activa* que nos propone Arendt ya que en todos los casos el sujeto comparte la acción con otros sujetos, desde el *animal laborans*, al *homo faber* y al animal político. Así mismo, en ningún momento Han nos explicita las distintas formas de vida activa en Arendt y omite con ello que la acción suprema de la *vita activa* que caracterizaría la “condición humana” es justamente la acción política, algo que solo puede existir en tanto que es compartida. Por ello, no nos parece apropiado afirmar que la apelación arendtiana a la acción justifique o fundamente *per se* el llamamiento de la sociedad del rendimiento a la acción frenética del solitario y narcisista empresario de sí. Solo podemos comprender esta relación que Han afirma, si permanecemos en la superficialidad de los términos, ya que es cierto que ambos apelan a la acción como algo prioritario, pero si nos ponemos ahora a comprender el término acción en cada caso, vemos que no están tan cerca como nos hace ver Han.

En general, desde nuestro punto de vista, esta obra carece de una argumentación fuerte ya que faltan argumentos que mantengas las tesis propuestas, falta justificación y muchos de sus argumentos principales son superficiales, no profundiza en sus implicaciones, ni demuestra. Así mismo es notoria la falta de ejemplos en momentos clave de la argumentación, y estas carencias son una constante a lo largo de toda la obra. Por ello, para nosotros, esta obra tiene un carácter más divulgativo que científico o estrictamente filosófico, esto nos lleva a comprender mejor que se haya posicionado en el panorama cultural como un “*best seller filosófico*”.

Laura Linares Abadía